

Judit Gerendas

**Sintió** una aguda desazón ante el cúmulo de incoherencias que estaba leyendo. Sin poderse concentrar ya en el confuso contenido que definitivamente se le hizo incomprensible, fue tachando los signos de puntuación mal colocados y marcándolos correctamente, poniendo los acentos donde faltaban y eliminando los que sobraban, subrayando las faltas de sintaxis y de concordancia y dibujando signos de admiración gruesos y negros al lado de los gerundios mal empleados.

Afuera, en el campus, se oía el atronar de los disparos de las bombas lacrimógenas y ya el penetrante olor comenzaba a percibirse poco a poco, invadiendo el ambiente por oleadas y produciendo un leve escozor en la garganta, aunque sin irritar los ojos todavía.

Realmente en los cursos de didáctica y de pedagogía nunca nadie le había informado que para poder impartir sus clases de literatura tendría que cumplir rutinariamente con el requisito de ingresar por cualquiera de las múltiples entradas de la universidad en medio de una lluvia de balas y de piedras, desplazarse por un itinerario que lo llevara a atravesar compactos grupos de policías, por un lado, armados hasta los dientes, cubiertos de cascos y de chalecos antibalas y con escudos protectores en las manos, y de jóvenes con el torso desnudo y la cabeza y el rostro envueltos diestramente con sus franelas, por el otro, los cuales con una velocidad asombrosa eran capaces de atrapar algún vehículo que circulara por ahí desprevenidamente, para prenderle fuego en cuestión de segundos.

Una vez superado este obstáculo, podía llegar a su salón de clases, en donde lo esperaban impávidos sus alumnos, en una especie de puesta en escena surrealista o esquizofrénica, o ambas cosas a la vez, de mundos disociados y paralelos que coincidían en el tiempo y en el espacio, pero que parecían pertenecer a dimensiones totalmente diferentes y que carecían del más mínimo punto de contacto, imposibilitados de cruzarse en sus delimitadas trayectorias. Adentro, en el parque del campo universitario, jóvenes parejas de estudiantes permanecían recostadas sobre la verde hierba, en los cafetines se seguían despachando los alimentos y las bebidas que la gente consumía, y desde las cátedras de las aulas se continuaban impartiendo las lecciones. Afuera tenía lugar una batalla campal, previsible y cotidiana, posible objeto de una crónica de hechos anunciados, en la cual los dos grupos participantes cumplían roles claramente



Antonio Martorell (Puerto Rico)

establecidos y ensayados, en el desempeño de los cuales no cabían las sorpresas. Sólo los docentes como él, que no poseían automóvil, y los estudiantes que tampoco los tenían, hacían de comparsa lamentable y desmañada, dando pasos en falso, desamparados y absurdos, en medio de una obra en la cual no había lugar para un coro que pudiera ofrecer su voz solidaria, dubitativa o cuestionadora.

Sintió que la clase que había estado preparando sobre el Tom Jones de Fielding se le estaba escapando de las manos. Hubiera querido resaltar el espíritu de aventuras que caracterizaba a ese personaje irreverente, pero todas las citas y ejemplos que se entrecruzaban ante su mirada se referían a la majestuosidad de las mansiones y a la magnitud de las herencias. Le interesaba destacar la picardía y el erotismo, la gracia y la alegría, pero el texto se le traspapelaba, en medio del mal olor cada vez más nauseabundo, y las letras mismas dejaban de ser perceptibles a medida que el ardor de sus ojos se volvía más insoportable. La sonrisa desenfadada e irreverente de Tom Jones se difuminaba y se alejaba en medio del aire enrarecido, y por culpa de esas asociaciones mentales que lo invadían en contra de su voluntad manifiesta y que tanto lo molestaban, la imagen desaparecía por sí sola y automáticamente su lugar era ocupado por una desafortada visión de Tom y Jerry corriendo velozmente a campo traviesa, en una escenificación de la eterna persecución y fuga que llevaban a cabo desde hacía décadas, desde los remotos días en que él era un niño y los veía en los matinés, allá en el cine Río de Sabana Grande. Presintió que a lo lejos el claustro universitario estaba siendo invadido por presencias del todo fuera de lugar en ese espacio diseñado para afanes de una índole totalmente diferente, y se sintió envuelto por un

absurdo que no era metafísico ni teórico, sino algo que se estaba materializando ahí mismo en torno a él, consistente, sólido, palpable, un algo que no era propiamente beckettiano, sino más bien del tipo osvaldosorianesco, como todo aquello estrafalario e insólito de los cuarteles de invierno y de él no habrá más penas ni olvidos.

Su mente no podía despegarse de la fantasía de Tom y Jerry desplazándose a velocidades cada vez mayores a través de salones, agujeros, praderas, bosques, techos y azoteas, galerías, túneles y aulas de clase, saltando de pupitre en pupitre, cruzando el negro espacio del pizarrón y dejando sus huellas marcadas en medio de las anotaciones hechas con tiza, entre las llaves y los corchetes que contenían esquemas relativos al estilo indirecto libre, al monólogo interior y a las diferentes disposiciones posibles de los diálogos.

Trató de retomar el control de su cerebro y se esforzó por concentrarse en la preparación de su clase. Volvió la mirada hacia el Tom Jones e indagó en pos de la risa, de los juegos de la seducción y de la juventud y de los encuentros y desencuentros. Intentó evadir las trampas del presente, que le irritaban cada vez más los ojos y la garganta, y trató de encontrar el camino de regreso al mundo de ficción ahí representado. Pero la opción de reingresar a esa historia imaginaria parecía haberse perdido y la posibilidad de reinstaurar la ilusión no lograba abrirse paso, por más esfuerzos que estaba haciendo.

La puerta del cubículo se abrió y se asomó la cabeza de la jefa del departamento:

—Por favor, acuérdate de traer los programas del próximo semestre, que ya estamos retrasados.

—Te los traigo el lunes sin falta— contestó, mientras repasaba mentalmente la vaguísima idea que tenía acerca de los programas que iba a ofrecer el semestre siguiente, al mismo tiempo que comenzó a percibir el sentimiento de agobio que le producía la imagen de la montaña de trabajos que le faltaba por corregir, de las tesis de grado que tenía que revisar y de los trabajos de ascenso que tenía que leer, todo ello para plazos perentorios, ante los cuales se sentía tan inerte e indefenso como un ratón ya entregado por completo a un gato cuyas garras se aprestaban a despedazarlo. En absoluto algo parecido a la ecuación establecida entre Tom y Jerry, para quienes nada cambiaría nunca, puesto que, aunque el primero jamás dejaría de perseguir al segundo, y hasta podría en numerosas ocasiones atraparlo y someterlo a toda clase de procedimientos de inaudita violencia, el segundo terminaría siempre por salir incólume de esas situaciones límite y seguiría corriendo en la pantalla por los tiempos de los tiempos, incitando y azuzando al gato, para continuar en esa fuga infinita.

De pronto se dio cuenta que no recordaba en qué habían quedado en la reunión de departamento, cuáles eran las materias que le correspondería dictar a él. Salió al pasillo a

ver si alcanzaba a la profesora, pero no la vio en ninguna parte. Abrió la puerta del salón de al lado, pensando que podría haber entrado ahí, en esa aula, pero no, ahí sólo vio a un tipo que dormía echado encima de la cátedra. Nuevamente se sintió inerte e indefenso, al percibir una vez más que las ecuaciones no cuadraban, puesto que la relación cátedra-individuo durmiendo sobre ella definitivamente no funcionaba en el contexto de sus parámetros mentales. Probablemente el desfase se encontraba dentro de él, en su incapacidad manifiesta de acoplarse a la realidad y en su inclinación por seguir manejando fórmulas tradicionales que estaban ya definitivamente superadas. Quizás si en vez de especializarse en literatura inglesa lo hubiera hecho en latinoamericana, la dificultad no sería tan grande. Pero ahora eso ya realmente no tenía remedio.

Le pareció más prudente no seguir indagando tras de la colega, de modo que volvió a refugiarse en su cubículo. Pero una vez de regreso se dio cuenta de que estaba obligado a desplazarse de nuevo y llegar hasta la secretaria, para ver si estaban listas las copias de la guía de estudios que había preparado y que debía repartirles a los alumnos esa misma tarde. Ya antes había pasado por ahí, pero había encontrado la oficina cerrada. Alguien le explicó que estaba teniendo lugar una asamblea de empleados y que por esta razón ninguna de las dependencias de la universidad estaba funcionando. Luego se había cruzado con una de las muchachas que trabajaba en la oficina, la cual le aseguró que después de finalizada la asamblea se ocuparía personalmente de reproducir el material. Él aprovechó la inesperada oportunidad de encontrarse con una empleada administrativa para encargarle encarecidamente el buen manejo del trabajo y la necesidad imperiosa de tenerlo listo para esa misma tarde, a primera hora. Ella le sonrió de manera encantadora, condescendiente y maternal, al mismo tiempo que le decía:

—Profe, no se preocupe. Yo misma me ocuparé de tenerlo listo ahorita mismo, cuando termine la asamblea.

Pasó por en medio de un conjunto de obras de arte que siempre ejercían sobre él un efecto luminoso, esos murales que se fundían con la arquitectura, de algunos de los cuales se desprendía un color dorado, como un sueño solar, y de otros una gama múltiple de azules, rojos y anaranjados, bruñidos, brillantes, que se traslumbaban a través del dibujo y de las formas, configurando un conjunto cuyo ritmo nunca dejaba de conmoverlo.

Cuando se cansaba de indagar en la textualidad de las escrituras que investigaba, o cuando el país lo abrumaba demasiado, con esa su presencialidad tan invasiva y apabullante, que se manifestaba desde la inflación más inmisericorde hasta la inseguridad más despiadada, pasando por otros factores no menos densos y opacos, en esos casos siempre buscaba un respiro para la fatiga o para la preocupación, viniendo a contemplar las construcciones, las grandes esculturas al aire libre y las pinturas murales, dejando descansar la mirada sobre el pastor de nubes o sobre el rojo

edificio de altas paredes cuadrículadas en blanco de la biblioteca central, y simplemente se dejaba avasallar por sus presencias, brindándose para ser penetrado por ellas sin ofrecer resistencia. Sentía que ahí estaba su verdadera universidad, más que en ninguna otra parte, y que de alguna manera a ella pertenecería siempre, a pesar de tantos desencuentros.

El estallido de las bombas lacrimógenas se escuchaba ahora de más cerca, y su estruendo se mezclaba con el característico sonido de los disparos de las armas de fuego, en una puesta en escena incongruente en la cual el pastor de nubes parecía perder todo protagonismo. El aullido de las sirenas de las patrullas se mezclaba con el humo negro que se alzaba en dirección al cielo. Alrededor del campus se estaba desarrollando una batalla, que en verdad no parecía ser un juego, pero que desgraciadamente no dejaba de ser eso, apenas un juego, aunque miserable y siniestro, todo lo contrario de lo que un juego debería ser.

Cambió de rumbo, para aumentar la distancia entre su persona y el enfrentamiento que seguía su curso acostumbrado, del todo rutinario y banal. También sus pensamientos cambiaron de rumbo, desentendido del estereotipado combate, para comenzar a divagar en torno a alguna manera novedosa de despertar el interés de sus alumnos por la materia y las lecturas correspondientes. Sus clases no versaban sobre fechas ni datos ni otras rigideces académicas, y a él honestamente le gustaban, le parecía que eran como el buen vino, puesto que las había madurado y decantado, y se había esmerado en su preparación, como en la composición de una obra musical, hecha de elementos diversos, pero concentradamente articulados entre sí. En épocas anteriores había logrado establecer y sostener el diálogo con sus alumnos, a algunos de los cuales incluso consideraba mucho más que eso, verdaderos discípulos, pero ahora ello ocurría cada vez con menos frecuencia.

Los tiempos ya no eran los mismos, pensó, conclusión que lo llevó a otra reflexión, a saber, que bien viejo debía estar ya si echaba mano de un lugar común como ese, de que los tiempos de antes eran mejores, harto sabido era que se trataba de una afirmación sólo mantenida por gente mayor, desde la época de los griegos mismos, o sea desde hacía una bicoca de unos dosmilquinientos años aproximadamente. Aunque indudablemente estos tiempos de ahora no podían compararse con los de antes, se volvió a decir a sí mismo, y mentalmente se sonrió con ironía, por caer dos veces, tan obcecadamente, en el mismo estereotipo.

En su camino a las oficinas se fue cruzando con gente que marchaba en sentido contrario, buscando la salida. Era hasta cierto punto lógico que trataran de irse, para salvarse de la puesta en escena del surrealismo y de la amenaza de esquizofrenia, pero no dejaba de ser profundamente irritante verlos marcharse conversando alegremente, muertos de la risa, felices de tener la excusa perfecta para irse a sus casas.

¿En qué momento se jodió el Perú? —se había preguntado alguien alguna vez, alguien cuyas novelas juveniles él había leído con devoción en su propia juventud. ¿En qué momento se jodió la Universidad de Caracas? —hubiera podido preguntarse él ahora; ¿cuándo se cometió la traición y quiénes la cometieron, qué procesos habían tenido que darse para llegar a una situación como la actual? Él podía prácticamente visualizar las imágenes del desmoronamiento, ver las edificaciones irse convirtiendo en ruinas y a la gente deshaciéndose de a poco, disolviéndose, despedazándose y caer en terrones sueltos, destruyéndose a ojos vistas, cediendo espacio a la desolación, como dejándose borrar por la goma de un escolar enloquecido dispuesto a acabar con el trazado de todos los lápices del mundo.

Se pasó la mano por la frente, tratando de ahuyentar estas nuevas ideas que lo invadían inesperadamente, como cada vez que se olvidaba de sí mismo y bajaba la guardia. De repente se encontró de frente con la empleada que se había comprometido a tenerle listo el trabajo y en cuya búsqueda había salido del cubículo. Ella lo miró estupefacta cuando le preguntó por los materiales:

—Pero, profe, ¿no se da cuenta de lo que está ocurriendo?

Él sí se dio cuenta, y su primer impulso fue estrangularla, o al menos cachetearla ahí mismo, tirarla al suelo y brincarle encima o algo así. No hizo nada de eso, por supuesto, pero ni siquiera encontró qué contestarle, lo cual de todas maneras hubiera sido un esfuerzo inútil, puesto que ya ella estaba lejos, caminando en medio de esa colectividad que se estaba dejando arrojar tan alegremente fuera de sus propios espacios. Se quedó ahí parado, frente al lugar que desde hacía mucho tiempo llamaban tierra de nadie, desde que él mismo había sido estudiante, de modo que el nombre no era ninguna alegoría relativa a la situación actual, sino que había surgido por otras razones que ahora no recordaba muy bien. El impulso que lo había puesto en marcha había perdido su razón de ser, pero tampoco encontró motivación para regresarse al cubículo, de manera que se quedó ahí, detenido bajo el arco abovedado del largo paseo cubierto, diseñado para la meditación y para la charla, para la discusión y el debate serenos, como para ir caminando bajo su sombra al tempo del andante, con movimientos reposados y tranquilos, como al ritmo de una melodía muy dulce y suave.

De sus ojos chorreaban las lágrimas. Indudablemente, el efecto de las bombas lacrimógenas era ya muy intenso. ■

---

**Judit Gerendas.** Escritora venezolana, fue profesora de la Universidad Central de Venezuela. Publicó el libro de cuentos *Volando libremente*.